

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17-01

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 03/12/2025 y 18/02/2026

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

Cuentos del paraíso de las islas, 17

LA PRÓXIMA NONOVELA-II-17-01: LA CANINA ESMERALDA

El primer centenario de la Gran Guerra y muerte de Juan Bravo – desdramatizado por la gente como primer centenario de la risa, por esos canales incontrolables y festivos de darle nombre a las cosas, a la gente y a los tiempos – el primer centenario de la risa provocó un alboroto entre amanuenses antiguos y nuevos equipos narrativos que aún dura o perdura. En una nueva asamblea de Patmos se captó que cuanto más veterans amanuenses eran más defensors de la manera tradicional antigua de trabajar, relatos literarios de autor previos a otro tipo de relatos, y amanuenses más jóvenes y chavals o chics más defensors de empezar por fragmentos impresionistas que a posteriori otra gente convierta o reconvierta en otros soportes hasta el literario mismo. Un pequeño lío tal vez sólo retórico. Pero el milagro es que la gente mantenga el entusiasmo por narrarse y narrar; y, más aún, que lo mantenga en la vejez. Lo iluso de la ilusión. Y la vieja sospecha de que sólo una utopía pequeño burguesa puede servir de puente entre contrarios y por ello aproximarse a lo libertario o libertador. El camino del medio o el tao. La corriente vital. Pues lo que llamaban pequeño burguesa o pequeño burgués, la frontera del cable del funambulista, es –o puede ser, siempre el azar rondando – el no-lugar de donde podían imaginarse o surgir transformaciones que merecieran la pena considerarse, por recurrir a un tipo de racionalidad clásica oriental, siempre tan precisada. Estaba bien así, se concluyó en la gran asamblea en la que se discutieron estas tontunas. Y era una amanuense novata, citando a don Borondón, la que había cortado por lo sano: “Está bien así, dejadlo fluir”. El sabio Antiguo como autoridad; si él se hubiera enterado, seguro que le habría hecho reír.

El amanuense contratado anterior no se dejó convencer y se fue de prácticas a otra parte, finalmente, así que soy otra amanuense; me interesaba algo lo del Ahmed Pujol, el hombre del colmillo verde, y la Estambulina Entrambosaires, su Consu querida de cuando carrozas, pero lo malo era que no podía desplazarme de acá para allá con Carla y Corino, así que me ofrecí como amanuense contratada, eso sí, con contrato mínimo de dedicación salvo el tramo final de redacción global. Desde mi módulo u observatorio en las afueras de un poblado estepario satélite de la gran ciudad del interior Madrid, controlo y estructuro lo que me van enviando los equipos de Carla y Corino, y luego me dedico a lo mío, al zoo, que este es el poblado que atiende a la reserva zoológica más extensa de todas estas estepas. Pero eso no viene a cuento aquí.

Lo primero que hizo Corino para el asunto de la serie de Caninas del Pujol fue contactar con la central de Cavernícolas y de inmediato recibió un montón de ofertas e ideas; se lo temía, y en una intensa semana de fogueo cruzado, como se decía, consiguieron

concretar todo en una docena de piezas del mismo tamaño natural, pero de materiales diferentes, salvo la canina esmeralda misma. Y quedaron para la caravana de Cavernícolas de primavera. Otro equipo cavernícola, con Carla Canon, perfilaron escenarios y contenidos de la fiesta del canje para la luna anterior a la de don Borondón, primera del verano ese año como la mayoría de las veces, una parte de cuyo material había de salir con la caravana de primavera y otra parte con la del verano. Eran equipos muy eficaces ya, acostumbrados como estaban a aquel ritmo moebius, como le decían, sin principio ni fin calculable. Pero el equipo principal y más complejo de desmontaje de la fuente sobre la plataforma circular giratoria hubo de ser organizado con la gente de Spalato, herederos de aquellos que habían ideado y levantado la plataforma de don Borondón, ya más de medio siglo atrás. Uno de ellos, Sergei de Spalato, era ya casi viejo, carroza con marcha de la misma edad del Pujol, y él fue el que revisó los archivos de los Cavernícolas de Spalato y organizó el previo con los planos históricos de la plataforma y fuente de don Borondón, así como sus instrucciones técnicas de usos y desmontajes. Sencillo pero laborioso, lo normal. Un aburrimiento.

Equipos disparatados y loquísimos –se habían ganado a pulso generaciones y generaciones de ellos el apodo ese que tenían, los Cavernícolas – con Carla Canon y Corino de vaiveners –vaiveneros y vaiveneras, un grado más apenas de mensajers – o “ángeles o mercurios alados portadors de avisos y marcha”, como les querían decir también, sobre todo la gente analista más repipi y retórica. “Este semestre de vaivenero, mira tú”, se lamentaba de vez en cuando Corino, en momentos de mayor vaivén, y como para desengrasar; y luego se reía. Pero sabían todos los equipos y agrupaciones –las maestranzas, como les decían – que, en la primera gran luna del verano, previa a la de don Borondón, todo tenía que estar montado y dispuesto, estuviera como estuviera la producción final. Muchas veces, cuando no estaba terminado todo del todo para la fecha fijada, mejor y más divertida era la fiesta. Las maestranzas Cavernícolas, un mito más de la formación del paraíso de las islas, con sus instalaciones invernales de creación y desmadre por la costa dálmata, montenegrina y albanesa; cada primavera y cada verano sus expediciones o caravanas con la producción invernial de los compromisos innumerables que coordinaba la Central de Cavernícolas, se dispersaban por todas partes, cada vez más lejos y cada vez más partes. Muchos talleres de Cavernícolas se habían convertido en intersticio de nomadeo, museo o mausoleo lúdico de viajes de conocimiento y de contactos, generadores de marcha –movistar de nuevo –, se habían integrado en la Red Kepler. Así había sucedido, ejemplo más notable, con la cueva de Mario Pinto Godinho, el inolvidable creador del *Niño con Paloma* primero y luego de la *Niña con Palomo* también, a raíz de la GG o de la risa, y que en su madurez había diseñado la plataforma giratoria de don Borondón. Letanías y letanías para amanuenses fatigats y antigús. Las Maestranzas de Cavernícolas, un mito del paraíso de las islas que en estos momentos parece que tiende a la dispersión total, confundido con la realidad.

De las maestranzas de Cavernícolas de la escultura que participaron en el negocio, no llegaron a poder terminar a su gusto nada más que diez piezas de la Canina del Pujol o la canina de la canina esmeralda, como le decía también mucha gente. Muy bellas, eso sí, un par de oro y un par de plata, dos o tres blancas marfileñas, una roja deslumbrante y otro par de ellas del equivalente al antiguo cristal de cuarzo o de roca; de estas

últimas, una de ellas estaba completamente articulada, como rompecabezas. Los fragmentos de trabajo, las basuras y los inconclusos, sin embargo, constituían también un espléndido muestrario de ideas y despieces en ocasiones de mayor belleza aún que la producción final seleccionada; Carla Canon convino con Corino en incluir una amplia muestra de ciento cincuenta o doscientas piezas de aquellos ensayos previos, fragmentos o inconclusos. Más mensajería, más y más madera, más marcha o movistar de nuevo. Todos encantados. A mandar, pues todo es posible y no como en Bolly-Holly.

El Pujol, en cuanto pasaron a medirle el cráneo tres o cuatro veces a mediados de otoño, desapareció del módulo de carrozas del Naranjal y se fue a invernar al Caribe, que era uno de sus destinos favoritos en los últimos años. Ya le había dado bastante la lata el Corino y algunos Cavernícolas para poner en marcha el ala del taller de vidrio, y habían tenido que reponer un montón de materiales y colorantes. Ya estaba bien. “Me voy al Caribe y ahí os dejo”, les dijo, y se fue. A Corino le apenó que no se interesara más, sólo lo mínimo, y le apenó porque eso era, para él, inicio de la desgana. Más tarde, a la vuelta del Caribe –había nomadeado por allí, no se había fijado en ningún lugar más de tres días –, antes de volver a lo de don Borondón, el Pujol quiso pasarse por Knosos, y ahí se le reunió la Consu, que había aguantado ella solita los vaivenes de Carla Canon y Corino, con su mano izquierda y facilidad de quedarse dormida en cualquier sitio. Muy bien. En los jardines de Knosos pensaban apalancarse un par de semanas, pero al final se quedaron más de un mes. Imaginando o sabiendo cómo estaría de agitado y animado el Naranjal, con las obras de la fuente de don Borondón para la fiesta del canje de la Canina Esmeralda por las pelis del Antiguo, mejor no aparecer por allí hasta la fecha misma de la fiesta a ser posible. Ya estaba bien, además, ya era suficiente con la tele-control a que los tenían sometidos, cada uno por su lado, Carla Canon y el Corino.

Vuelve la amanuense contratada al cambio experimental de pluma, ésta mucho más pesada, pues ha notado –en este su retiro en el observatorio del zoo cercano a la gran ciudad del interior – que en no pocas ocasiones cambia el fluir del pensamiento y se adecúa al cambio de fluir del instrumento de escritura, de la pluma en este caso. Se nota mucho, en verdad, el cambio de teclado de máquina de escribir al teclado de ordenadora personal. Pero en mi caso la experimentación va con el más sutil aún cambio de estilográfica tradicional, un subderivado de otros instrumentos como los lapiceros de grafito, las plumillas duras, los rotuladores y bolígrafos y polígrafos innumerables, de puntas duras mínimas a verdaderos punzones o ligerísimo plumón. Sólo con tiempo largo por delante se puede alguien dedicar a tal disección desestructuradora o deconstrutora, a pesar de que ya los sabios calígrafos y pintores orientales teorizaron sobre la importancia de las tipologías del pincel y de la tinta. El estado de las cosas, la realidad.

EN LOS JARDINES DE KNOSOS al Pujol le fascinaba, sobre todo, el hecho de que a Prisciliano Manfredi lo decidieran enterrar en el museo de los mártires de la tecnología, pues para nada veía relación entre esa vaga denominación de mártires de la tecnología y su antiguo padrino el Manfredi. Estaba claro que él quería quedarse en Knosos, y allí se había apalancado al final en los módulos de carrozas con marcha, hasta el final; pero podían haberle dedicado algo en cualquiera de los otros jardines, el de navegantes, por ejemplo; no en el de los mártires de la tecnología. Tuvieron que inventarse, además, de alguna manera, una razón más o menos coherente, y para ello recurrieron a una vieja

historia de la infancia del Manfredi, a su afición y a sus triunfos con la bicicleta. De niño, con su madre Gina en Gozzo, se aficionó mucho a la bicicleta, y allí que andaba subiendo y bajando por los tramos más empinados de la isla en bici, cuando no andaba por la mar. El primer año de nomadeo con el padre del cuchillo se lo pasó muy bien y apenas tuvo tiempo para montar en bici en un par de ocasiones; pero a raíz de la muerte de Gina Manfredi en Trapani, a Prisciliano aún niño le entró una fiebre especial por ese deporte y comenzó a ganar todo tipo de competiciones infantiles, que por entonces aún se estilaban mucho. Ya campeón de campeones durante dos temporadas seguidas, vino aquel bache fatal para las bicicletas que fue la desprogramación de su fabricación y estudios de mejoras, y ya no hubo más competiciones. Todos se volcaron en los nuevos artefactos, cada vez más parecidos a las escobas mágicas de las brujas de la mitología clásica. Prisciliano, campeón de campeones en bici, se quedó sin qué para la marcha que hasta entonces le había mantenido en máxima tensión, colmado el deseo. Fue mejor así; para entonces parecía haberse alejado ya definitivamente de los vagos fantasmas del remordimiento, surgidos a raíz de la desaparición de Gina. Los relatos que le habían ido llegando poco a poco, entre hagiográficos y de terror, con locura final de su madre y un Rocco que nunca desde entonces había vuelto a sonreír, se le habían ido afincando allí, en lo más hondo de su memoria infantil, y habían llegado a relacionar vagamente en la mente de Pujol el inicio de su nomadeo, tal vez algo prematuro, y la desaparición de su madre Gina. Sin duda que la bici le había ayudado a deshacerse de sus fantasmas inquietantes, sin duda. Y esa era una de las narraciones o razones posibles que podían justificar la presencia del inmemoriam de Prisciliano Manfredi en el museo de los mártires de la tecnología, esa dudosa historia de la desaparición de la bicicleta. Una historia más baladí si cabe por el hecho de que luego volvió a irrumpir la bici en los gustos de la gente; aunque ya no se hacían competiciones para encontrar campeones de campeones, que parecían pruebas un tanto primitivas y poco refinadas, sí había concursos de habilidades, danzas en bici y similares, a veces un poco estrafularias, pero siempre divertidas y, en ocasiones, circenses.

Al Pujol y a la Consu aquello les hacía reírse y les relativizaba aún más de lo que tenían relativizada la costumbre de los inmemoriam temáticos que se habían puesto de moda para atraer a gente a intersticios de nomadeo necesitados de más marcha, por ejemplo. Para Pujol tenían un puntito de macabro aquellas costumbres, pero al mismo tiempo le gustaba visitar el jardín en donde se conservaba el inmemoriam del Manfredi, con sus filmaciones completas, recreaciones y cronogramas. A veces lloraba de nostalgia al repasar algunos fragmentos queridos de aquel material, y con frecuencia rememoraba a Prisciliano Manfredi a petición de otra gente que anduviera por allí, de visita o de estancia más larga de conocimiento y de contactos. Pues eso, lo de siempre. Para Pujol y Consu era lógico que Prisciliano estuviera allí, pues quería dejar sus cosas en Knosos, pero que estuviera en el jardín de los mártires de la tecnología por algo tan banal como su afición a la bici, les parecía casi una pitití, como se decía en plan cursi por no decir tontera. La culpa la tenía –dentro de esa vaguedad azarosa que es la culpa – el coordinador del jardín de los mártires de la tecnología: lo que él quería de verdad eran las plantaciones azarosas, a lo que había dedicado su vejez final el Manfredi, cuando el Pujol le había ido a visitar por última vez. Era aquel coordinador de una hornada de polivalentes, como les decían, empeñados en canalizar nomadeos a base de santuarizar, o mausoleizar, o museizar, que para todo había, y así crear intersticios nuevos o reforzar intersticios más antiguos pero que pudieran estar languideciendo. La invención de la tontuna de la bici para quedarse con el fondo Manfredi era eso, una estupidez, aunque el

juego que le dio al jardín azaroso de los últimos años del Prisciliano se puede decir que salva el experimento. El Pujol, en las pocas ocasiones que aparecía por allí, ya apenas se dedicaba a otra cosa que a ensimismarse con cada diminuta plantación, con cada diminuto jardín azaroso.

A medida que Prisciliano Manfredi había ido perdiendo vitalidad y marcha –su paso de carroza sin marcha a viejo desganado – había ido dedicando más tiempo a sus macetas azarasas, como comenzó llamándolas, las primeras de las cuales las había traído de Gozzo, del huerto de su casa de la infancia, a la que se había retirado un año de adulto antes de su instalación definitiva en Knosos. La técnica era sencilla; una maceta mediana con tierra normal de por allí, la dejaba sin sembrar o plantar nada para que ella misma azarosamente verdeara o verdeciera. La media docena de macetas medianas iniciales pasaron poco a poco a ser campitos espontáneos más amplios en minipiscinas o minicontenedores, y con el tiempo se trajo tierras de otros lugares que generaban campitos diferentes, hasta que Prisciliano rodeó su casa en Knosos, en los módulos o áreas de carrozas con marcha, con macetas y campitos, y comenzó a estructurarlos en avenidas principales y secundarias, con diferentes alturas escalonadas de campitos y otros recursos, como cúpulas mínimas semiclimatizadas para pruebas de tierras de otras latitudes que la gente le empezó a traer en sus viajes de conocimiento y de contactos; a la sombra del muy visitado intersticio de nomadeo que eran los jardines de Knosos, diseñados entre otros por Erik Anderson, el amado del Antiguo, seguían desarrollos y desarrollos de nuevos desarrollos. La ley de la vida. Y del amor.

Yo, como amanuense contratada, estoy dando todas estas explicaciones al margen de lo que la Carla Canon y el Corino me envían como material literario. Lo hago así tal vez porque tengo tiempo lento por delante en este observatorio del zoo, y porque me gusta recordar viejas historias, yo que fui siempre lectora inquieta e investigadora. De alguna manera, escribo para poner en limpio, para aclararme, para saber. Para intentarlo, al menos. La evocación lineal de las plantaciones azarasas del Manfredi, hoy magníficas en su desarrollo en los jardines de los mártires de la tecnología, me sirvieron de distracción en esta espera de novedades; en este observatorio, siempre a la espera.

El Pujol y la Entrambosaires apuraron su estancia en Knosos todo lo que pudieron. Pujol había traído consigo del Caribe un par de saquitos de tierra de un paraje muy fértil que le había fascinado, y los últimos días pasaba toda la jornada en las plantaciones azarasas, disponiendo el campito que se preparaba con esa tierra bajo una de las cúpulas semiclimatizadas. Alargaron la estancia todo lo que pudieron, pero al final, en el momento del regreso a Valencia, a la casa del Naranjal, aún no había surgido ningún brote apreciable y el Pujol supo –la Consu se lo apuntó – que había de volver en otra ocasión, aunque sólo fuera por curiosidad ante el aspecto que había de tomar su campito azaroso del Caribe que acababa de dejar dispuesto para la floración; en memoria, cómo no, de un viejo amigo y colega mayor el Prisciliano Manfredi.

